

# ¡Nuestros Hermanos Trabajadores!



*Mons. Jorge Alberto  
Ossa Soto  
Obispo de la Diócesis  
de Santa Rosa de Osos*

Nada es más dignificante que el trabajo. El mandato de trabajar para transformar el mundo y ganarse el pan, se ha vuelto la oportunidad que concretiza el mandato del Creador de domeñar el mundo y hacerlo producir. Y los bendijo Dios con estas palabras: "Sean fecundos y multiplíquense, y llenen la tierra y sométanla; manden en los peces del mar y en las

aves del cielo y en todo animal que reptas sobre la tierra" (Gn 1, 28).

Es pues una bendición de Dios poder trabajar y más en las actuales circunstancias en las que escasean las oportunidades. Trabajar nos permite producir lo necesario para nuestro sustento y el bien general. El fruto de nuestro trabajo, de la elaboración y transformación de los recursos con nuestro ingenio y dedicación, nos ofrece la satisfacción de ser creadores y de aportar en el crecimiento del mundo. Nada más ennoblecedor que poder terminar cada jornada sabiendo que hemos contribuido un poco en que todo esté mejor, y de ver como lo hizo Dios, "que todo está bien".

El fruto del trabajo posibilita de una manera determinante a las personas el crecimiento personal y social; hace posible la integración en una sociedad organizada; abre oportunidades a los individuos y a las comunidades familiares y les permite sentirse cooperantes en las actividades y el desarrollo social. Así podemos decir también, que tal vez no hay nada más frustrante que el no poder trabajar. El desempleado sufre porque pudiendo no aporta ni contribuye al bien general y porque se le cierran las oportunidades para dar

solución a sus propias necesidades. Por eso a una sociedad organizada y a sus dirigentes, ante todo se les pide, que den a los ciudadanos la oportunidad de trabajar para que sean cogestores de la misma; privar a los ciudadanos de esta oportunidad es condenarlos a la dependencia indigna de un estado incapaz.

Bendito sea el trabajo y benditos nuestros hermanos trabajadores. Cuantos con su creatividad e ingenio son generadores de fuentes de trabajo, para ellos y otros ciudadanos.

En la Iglesia colombiana y en nuestra Diócesis tenemos este año la tarea de la misión con el mundo del trabajo. Es una oportunidad muy grande para que todos visibilicemos a todos nuestros hermanos trabajadores.

Son innumerables los frentes de trabajo, desde los más sencillos en labores de hogar y del campo, hasta las fábricas, dependencias técnicas e intelectuales. Pasamos por trabajadores artesanales y las complicadísimas investigaciones de los científicos y técnicos. Todos aportan en el crecimiento de la sociedad desde su campo. Si bien se dice: el mundo del trabajo es porque ciertamente es un mundo bien diverso en el que nadie puede escapar por su importancia. No hay trabajo insignificante, cada cual tiene su función y valor porque es realizado por una persona. Pensemos por ejemplo en aquellos que parecen intangibles, el de la madre o la mujer en el hogar, el del cuidado de los hijos; en el valiosísimo y nunca suficientemente ponderado de la educación y formación de las futuras generaciones; qué decir de la atención y cuidado de las personas en su orientación espiritual o atención de enfermos y ancianos.

Todo trabajo, hecho con amor y entrega, buscando lo mejor, edifica y hace crecer a quienes lo realizan y a quienes participan del fruto de ese trabajo. Por eso una vez más bendito el trabajo y benditos nuestros hermanos los trabajadores.